

VOCES DISTANTES, OTRAS MIRADAS EXAMINAN  
EL CÍRCULO DE HIERRO. POLÍTICA, EMIGRACIÓN  
Y EXILIO EN LA DECLINACIÓN ARGENTINA\*

*Distant voices, different visions examine the iron circle.  
Politics, emigration and exile in the Argentine decline*

Guillermo MIRA DELLI-ZOTTI

*Universidad de Salamanca*

✉ *mira@usal.es*

BIBLID [1130-2887 (2003) 34, 117-141]

Fecha de recepción: marzo de 2003

Fecha de aceptación y versión final: junio de 2003

RESUMEN: Desde la década de 1950 los argentinos abandonan su país por razones económicas, políticas, familiares o culturales. Este artículo relaciona este fenómeno tan negativo para el desarrollo social con las prácticas y la cultura política dominantes en la Argentina de los últimos 50 años. E identifica la pérdida continua de capital humano como síntoma y componente de la mirada de causas que pueden explicar la declinación argentina y su profunda crisis actual.

*Palabras clave:* Argentina, política, emigración, exilio, crisis.

ABSTRACT: Since the 1950s, Argentines left their country for economic reasons, political, familiar and cultural. The article relates this very negative phenomenon in terms of social development, to the practices and dominant political culture in Argentina in the last 50 years. It also identifies the continuous loss of human capital as both a symptom and consequence of the myriad of causes which can explained the decline of Argentina and its current crisis.

*Key words:* Argentina, politics, emigration, exile, crisis.

\* Una versión preliminar de este artículo fue presentada en las *Jornadas sobre Inmigración* (Madrid, diciembre 2002).

*El fracaso de la Argentina, tan rica, tan poco  
 poblada, es uno de los misterios de nuestro tiempo.*

V. S. Naipul<sup>1</sup>

*La responsabilidad de lo que ha ocurrido es ante todo,  
 pero no exclusivamente, de los argentinos.*

Martin Edwin Andersen<sup>2</sup>

*No quiero vivir sin ti, mi tierra,  
 me interesa hasta tu desencuentro.*

Litto Nebbia<sup>3</sup>

## I. INTRODUCCIÓN

Litto Nebbia, pionero del rock en castellano, un día de 1978 se hartó y decidió irse de Argentina. Pero volvió, tal vez por las razones que desgrana en *Nueva zamba para mi tierra*, la canción que abre este artículo. Como él, cientos de miles de compatriotas tomaron el mismo camino en los últimos 50 años, pero no regresaron. Aquí sostenemos que la salida de argentinos al exterior (el abandono del país de forma temporal o definitiva a lo largo del último medio siglo) constituye una sangría invisible y costosa que, por un lado, responde al autoritarismo, la intransigencia y el pensamiento reaccionario dominantes en la política (y la sociedad) argentina; y al mismo tiempo, es síntoma y uno de los factores del encadenamiento causal que explica el imparable declive y la profunda crisis actual de ese país.

Para afrontar la paradoja de que fue precisamente bajo el primer peronismo –criticado y exaltado por haber ensanchado extraordinariamente la ciudadanía, por haber concedido derechos políticos y sociales a las mayorías hasta entonces silenciosas y excluidas, bajo la consigna (interiorizada genuinamente por sus seguidores) de encarnar al pueblo, a la nación, en síntesis, de representar «lo argentino»– cuando comenzó este goteo de salidas convertido hoy en torrente, hemos reunido un conjunto de testimonios que, a la par de ir tejiendo un texto que cruza los últimos 50 años de la historia argentina, emerge como una suerte de pensamiento exiliado del «sentido común» vigente en el país en relación con lo que significó el peronismo y sus dos importantes epígonos: los Montoneros y el menemismo.

1. V. S. NAIPUL. *The Return of Eva Perón*. N.Y.: Knopf, 1980, citado en Martín E. ANDERSEN. *Dossier Secreto. El mito de la «guerra sucia» en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000, p. 39.

2. Martín E. ANDERSEN. *Dossier Secreto. El mito de la «guerra sucia» en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000, p. 29.

3. Litto NEBBIA. Nueva zamba para mi tierra. En *Nebbia-Zupay. Para que se encuentren los hombres*. Buenos Aires: RCA-Victor (cassette), 1983.

## II. PERONISMO: ILUSIÓN, FRACTURA, DESCONCIERTO

Fantasía, deseos imaginarios, irrealidad, sueño, utopía, ficción: estos términos se aplican con frecuencia a aspectos de la historia, la política y la realidad argentina<sup>4</sup>; por ejemplo, al peronismo cuando se aborda la brecha entre lo que es/fue y lo que reclama ser.

A mediados de la década de 1940 el peronismo convocó la Argentina que se encontraba más allá de la capital y las grandes ciudades del Litoral: una población hasta entonces invisible –a pesar de su piel oscura y su gran número– pronto se derramó sobre Buenos Aires atraída por el esplendor de la ciudad y las ofertas reales de industrialización, protección social o ciudadanía, y saturó sus márgenes hasta constituir el cinturón de hierro de cualquier poder que, a partir de ese momento, quisiera instalarse en la capital y perdurar.

Enraizado en los proyectos conservadores de las décadas de los 20 y 30 del siglo pasado (especialmente el fascismo italiano), Perón diseñó desde el poder un Estado con contenido renovado –con afanes hegemónicos y camiseta peronista– sustentado en tres pilares: el magnetismo y el talento político del líder, la cohesión y verticalidad de los sindicatos, y el conglomerado demográfico-industrial del Gran Buenos Aires.

Desde entonces, en Argentina el peronismo ha sido visto y aceptado como un movimiento de hondo arraigo popular, incluyente, que bajo la ideología nacionalista promovió la integración de las mayorías a la ciudadanía y a la Nación<sup>5</sup>. Sin embargo, a la vista del desempeño del país en el último medio siglo y de la profunda crisis de diciembre de 2001, circulan opiniones muy diferentes:

Ese régimen medularmente fascista –y con qué facilidad se olvidan las torturas de la policía, los sindicalistas y estudiantes asesinados [...]; con qué facilidad se olvidan las privaciones y saqueos de la señora, la demagogia de sus discursos populistas; y con qué facilidad se olvida el miedo de un país bajo un régimen militar, la tristeza del universo

4. Como en la semblanza de Edgardo Cozarinsky (Buenos Aires, 1939), escritor y cineasta radicado en París: «Durante casi un siglo y tres cuartos, una variedad de ficciones políticas y sociales fueron proyectadas, como tantas diapositivas, sobre la pantalla argentina: despotismo ilustrado, baño de sangre folclórico, democracia liberal, depredaciones militares y populistas. Lo único que tenían en común era la índole frágil de una ilusión óptica. Calles, provincias enteras cambiaron de nombre pero sus habitantes no desearon el escepticismo. Las constituciones, promulgadas o anuladas, fueron invariablemente ignoradas. Alguna gente se hizo rica, otra fue asesinada. Cuanto menos firmes sus convicciones, con mayor vehemencia un nuevo gobierno invoca tradiciones, un estilo de vida, ética, religión; la gente parece abandonar un minuto su atareado sonambulismo para asentir, y luego vuelve a ocuparse de lo suyo». Edgardo COZARINSKY. *Vudú Urbano*. Buenos Aires: Emecé, s.f.; citado en Ana BARON, Mario DEL CARRIL y Albino GÓMEZ. *Por qué se fueron. Testimonios de argentinos en el exterior*. Buenos Aires: Emecé, 1995, p. 138 (entrevista a Edgardo Cozarinsky, 2 de noviembre de 1993, París).

5. Una visión equilibrada del gobierno peronista entre 1946 y 1955 puede encontrarse en David ROCK. *Argentina 1916-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*. Madrid: Alianza, 1988, capítulo 7.

totalitario disfrazado de democrático y popular, la humillación de una ciudadanía desprevénida–, digo, ese régimen medularmente fascista tenía incorporada la manera de auto-perpetuarse: creando su propio mito (Muchnik, 2001: 8)<sup>6</sup>.

Casi veinte años antes de estas declaraciones, Juan José Sebreli (1992) había embesuido contra los lugares comunes que envuelven el fenómeno peronista y, aunque su crítica fue acogida con frialdad<sup>7</sup>, si atendemos a la matriz bonapartista-fascista allí descrita –que coincide con el análisis de autores como Giussani (1984, especialmente los capítulos 41 y 42) o Rouquie (1989, especialmente el capítulo 8)–, el peronismo podría reinterpretarse como un movimiento profundamente sectario y antidemocrático, con vocación hegemónica y totalitaria, que neutralizó a los opositores, persiguió y criminalizó el pensamiento disidente, tachándolo sistemáticamente de antinacional y antipatriótico, y toleró mal a los críticos y a las minorías, como ejemplifican sus actitudes hacia sectores tan diversos como la comunidad judía en Argentina<sup>8</sup>, los republicanos exiliados de la Guerra Civil española<sup>9</sup>, los judíos antifascistas italianos huidos de las leyes raciales de Mussolini<sup>10</sup>, los socialistas autóctonos o los inmigrantes procedentes de los países limítrofes.

Muchas de sus características no fueron una invención propia; mejor, el peronismo tradujo, adaptó e integró valores, corrientes de pensamiento e imaginarios muy arraigados en la sociedad argentina, como el catolicismo integrista de raíz hispánica, el antisemitismo de la clase dirigente tradicional, el nacionalismo xenófobo promovido por élites provinciales en declinación, el autoritarismo modernizador de un sector del ejército, o el rechazo visceral hacia la cultura y ciertos valores angloamericanos identificados con el imperialismo (Rock, 1993: cap. 4 y 5).

Con la Iglesia –uno de los pilares de la estructura de poder en Argentina– el peronismo tejió una relación estrecha y contradictoria: partiendo de premisas ideológicas compartidas, ambos buscaron instrumentalizar al otro para conseguir sus propios fines.

Como agradecimiento por el apoyo [de la Iglesia], Perón ratificó la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas públicas, que estaba en vigencia a partir del golpe del 43, otorgó subvenciones a los colegios religiosos privados, inició la represión moralista de la vida cotidiana (Sebreli, 1992: 33).

Perón abolió esa ley, reinstaurando la religión obligatoria en los colegios, con la opción de clases de «moral» para los alumnos que no querían religión, cosa que significaba ya,

6. Mario Muchnik, prestigioso editor nacido en Buenos Aires, abandonó Argentina en 1954.

7. En el Prefacio, Sebreli confiesa adoptar la perspectiva de «un marxista proscrito [...], de un militante sin partido, de un socialista solitario» (SEBRELI, 1992: 21).

8. Vid. Susana BIANCHI. *Catolicismo y Peronismo. Religión y Política en la Argentina 1943-1955*. Tandil: Trama-Prometeo-Instituto de Estudios Histórico-Sociales, 2001, especialmente el capítulo IX.

9. Vid. Dora SCHWARZSTEIN. *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*. Barcelona: Crítica, 2001, especialmente el capítulo 7.

10. Vid. Eleonora M. SMOLENSKY y Vera VIGEVANI JARACH. *Tantas voces, una historia. Italianos judíos en la Argentina 1938-1948*. Buenos Aires: Temas, 1999.

un principio de discriminación dentro de las clases. Los protestantes, los judíos o aun la gente que se llamaba «librepensadora», mandaba a los hijos a las clases de moral y otros igualmente descreídos o que no querían diferenciarse por miedo al inconformismo, tomaban las clases de religión.

—¿Usted qué hacía?

Salía de clase, parte de la minoría señalada con el dedo cuando empezaba la clase de religión<sup>11</sup>.

La política gubernamental favoreció la expansión del integrista católico en la Universidad, identificada como baluarte de la oposición liberal-oligárquica, intervenida y disciplinada conforme a los ideales del régimen. A finales de 1946 ya sumaban 1.200 los profesores cesados, renunciantes o jubilados anticipadamente (Bianchi, 2001: 28-38). César Milstein evoca la ausencia de estudiantes peronistas en la Universidad de Buenos Aires que él conoció (entre 1945 y 1952), pero sobre todo la percepción ambigua sobre lo que era y perseguía el peronismo.

Porque en la Universidad estaba la clase media que era antiperonista y, en el fondo, profundamente antinazi. Los intelectuales eran antinazis y Perón estaba identificado con el nazismo; además, los nazis perdieron la guerra [...].

Estaban mezcladas un montón de cosas. Creo con respecto al peronismo, viéndolo ahora retrospectivamente, que por un lado teníamos razón y por otro estábamos engañados. Perón era lo que nosotros creíamos que era. Para mí por lo menos, era una persona que representaba un movimiento parecido al de Mussolini en Italia y que involucraba aspectos del proceso de industrialización. En ese sentido teníamos razón. Pero estábamos engañados por otro lado, porque en el fondo, nosotros nos aliamos a personas que estaban en contra de Perón porque veían en él al socialismo. Su nazismo era la cosa común que nos unía a todos, pero en el fondo, lo atacaban porque temían al socialismo<sup>12</sup>.

Al pretender identificar el movimiento que lideraba con el Estado y la nación, Perón colisionó con la Iglesia por el control de la educación, la familia, la cultura y la religión, ámbitos privilegiados para la reproducción de la ideología social<sup>13</sup>. Al clima de asfixia cultural, intolerancia y amedrentamiento, que avanzaba conforme pasaba el tiempo y la oposición se radicalizaba, debe sumarse el deterioro de la situación económica (desde 1952) para explicar las primeras salidas al exterior, un puñado como exiliados y los demás como emigrantes económicos.

11. Entrevista a Edgardo COZARINSKY. En Ana BARON, Mario DEL CARRIL y Albino GÓMEZ. *Por qué se fueron. Testimonios de argentinos en el exterior*. Buenos Aires: Emecé, 1995, p. 142.

12. Entrevista a César Milstein, 2 de agosto de 1993, Washington D.C. En Ana BARON, Mario DEL CARRIL y Albino GÓMEZ. *Por qué se fueron. Testimonios de argentinos en el exterior*. Buenos Aires: Emecé, 1995, p. 85.

13. Susana BIANCHI. Op. cit. Tercera Parte.

Así es como a mediados de los años 50 se registran los primeros saldos negativos de nativos en los movimientos migratorios. En términos globales, la llegada de inmigrantes desde los países vecinos (Paraguay, Bolivia, Chile y Uruguay) encubrió en el balance final el hecho que desde 1955 hasta 1984 hayan abandonado el país unos 500.000 argentinos. Y si bien la pérdida emigratoria de nativos representó poco menos de un tercio del total de extranjeros inmigrados, desde el punto de vista cualitativo, hubo efectivamente una pérdida en educación y formación (entre los limítrofes que ingresan y los nativos que parten); porque los inmigrantes externos de los países limítrofes (95 por ciento del total) tenían –a excepción de los uruguayos– niveles más bajos de escolaridad y de calificaciones ocupacionales que los argentinos que se marchaban<sup>14</sup>.

El Ejército puso fin al *primer peronismo* en 1955. El país estaba dividido entre peronistas y antiperonistas; pero también se vio que los antiperonistas eran peronistas –en su modo de hacer política y de sacar ventaja de la confusión, en su desmesurada autoestima, en la facilidad con que se acomodaban a las monstruosidades de turno, en el sustituir el alzarse contra una ética totalitaria por el abrazarla con entusiasmo, en su egoísmo dominante, en su avidez venal, en su exacerbado sentido de la propiedad material [...]. No entremos aquí en la truculencia que comenzó a rodear la muerte de la señora [Eva Perón], desde que se produjo en 1952. Digamos, eso sí, que fue entonces, en 1952, cuando se plasmó el mito. Y es ese mito, con su carga de religión y magia negra, anidado en las mentes informes de los hijos y nietos de los descamisados de entonces o explotado por los jerifaltes de hoy, lo que explica que el peronismo haya sobrevivido, intacto, hasta ahora. Es imposible comprender lo que sucede en Argentina sin haber comprendido que el país sigue preso de ese mito. Y que los muertos, y los manifestantes, y las autoridades, y los amiguetes, y los acomodados, y las instituciones, forman parte de ese mito, aunque unos sean peronistas y otros antiperonistas (Muchnik, 2001: 8).

El derrocamiento de Perón abrió una herida que marca todavía la sociedad argentina; instaló una polarización ideológica, un maniqueísmo que fijó el principal *clivaje* político no como derecha *versus* izquierda sino como partidarios frente a detractores del peronismo. Además, la expulsión de Perón dejó intacto el dilema de cómo insertar Argentina en el mundo de la Guerra Fría y qué estrategia adoptar para alcanzar un crecimiento económico vigoroso y sostenido, cuando el final de la Guerra de Corea clausuraba la edad de oro para las exportaciones primarias tradicionales (Bulmer-Thomas, 1998: 321 y ss.)<sup>15</sup>.

14. Alfredo E. LATTES y Enrique OTEIZA. *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados/1*. Buenos Aires: Centro Editor, 1987, p. 22.

15. Víctor BULMER-THOMAS. *La Historia Económica de América Latina desde la Independencia*. capítulo IX. México: FCE, 1998, pp. 321 y ss.

### III. DESPUÉS DEL 55: DESPLAZAMIENTOS DE SENTIDO, EQUÍVOCOS, UTOPIÁS

Un factor clave para explicar la pervivencia del movimiento a que aludía Muchnik (2001) se incubó entre finales de los años 60 y principios de los 70: el posicionamiento político de las nuevas generaciones.

En la Argentina de los años 60 el dato principal fue la proscripción del peronismo, que bastardeó todo el juego político y quitó credibilidad a la democracia, en cuyo nombre esa proscripción se ejecutaba. Los jóvenes dirigieron entonces la mirada hacia donde se ofrecían otras alternativas: la Cuba revolucionaria y las experiencias guerrilleras (en América Latina y en Vietnam). Poco a poco se fue elaborando una ideología que unía cierta base teórica marxista con la conclusión de que sólo la lucha armada podría modificar las cosas<sup>16</sup>.

La síntesis de Mario Paoletti pone proa hacia la extraña alquimia que tanto Oscar Terán (1991) como Silvia Sigal (2002) han intentado desentrañar: la mutación del peronismo, de régimen de inspiración fascista a movimiento de izquierda revolucionario<sup>17</sup>.

En los hechos, la proscripción del peronismo como fuerza política a partir de 1955 apenas fue desafiada, porque el núcleo del poder peronista era la estructura sindical, uno de los pilares del Estado. A este nivel hubo una confrontación pero también la búsqueda de un *modus vivendi* entre los dos actores políticos entonces más influyentes: las Fuerzas Armadas y los sindicatos.

El momento más favorable para la búsqueda de tal entendimiento transcurrió durante la dictadura del general Juan Carlos Onganía (de hecho, el golpe de 1966 contra un poco representativo gobierno radical tuvo como gran valedor a los sindicatos peronistas). Aunque parezca un contrasentido, la «revolución argentina» (como se conoció el régimen de Onganía) –tachada como un intento de consolidar la hegemonía de los grandes monopolios industriales y financieros asociados con el capital extranjero, a expensas de la burguesía rural y de los sectores populares–, mostraba importantes coincidencias con el programa del peronismo clásico. Onganía lideraba un proyecto estatista que promovía la industrialización de base con fuerte presencia del capital extranjero, mientras mantenía disciplinado al movimiento obrero, que lucía una orientación anticomunista, tradicionalista y retóricamente nacionalista (que más tarde se definiría como un estado «burocrático-autoritario»)<sup>18</sup>, en inocultable sintonía con el pensamiento de los jefes sindicales del peronismo y con la ideología peronista propia del 46. Esto explicaría la estrategia de pulso y convergencia frente a las Fuerzas Armadas ensayada

16. Entrevista a Mario Paoletti, 17 de septiembre de 1993, Madrid, en Ana BARON *et al.* Op. cit., p. 32.

17. Oscar TERÁN. *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Puntosur, 1991, especialmente los capítulos 5 al 7; Silvia SIGAL. *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002, pp. 163-172.

18. Guillermo O'DONNELL. *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós, 1972; David COLLIER. *El nuevo autoritarismo en América Latina*. México: FCE, 1985, especialmente el capítulo I.

por Augusto Timoteo Vandor, máxima promesa de un peronismo domesticado (antes que un peronismo sin Perón), que el «Cordobazo» y el asesinato del líder metalúrgico desvanecieron<sup>19</sup>.

En principio, no fueron los obreros peronistas sino sectores de la clase media –particularmente los estudiantes universitarios– los primeros en plantar cara a Onganía. Su paulatina radicalización no respondió tanto a razones económicas como a factores políticos y culturales. Para ellos la irrupción de Onganía significó un violento ataque a las universidades y al mundo de la cultura en general, pilar de su posición y campo estratégico de movilidad ascendente. A partir de la «Noche de los Bastones Largos» (cuando la Policía Montada irrumpió a caballo en la Universidad de Buenos Aires dejando 60 estudiantes hospitalizados), quedó prohibida la actividad política de los estudiantes y neutralizada su participación en el tradicional sistema tripartito de la administración universitaria. De resultas, unos 3.000 profesores e investigadores, algunos de nivel internacional, fueron expulsados o dimitieron; muchos abandonaron el país con destino a Estados Unidos, Francia u otros lugares<sup>20</sup>.

El desencanto de los nuevos sectores medios frente a la ilegalidad de los regímenes políticos posteriores a 1955 y la oposición cada vez más frontal al régimen de Onganía condujeron a una peronización y radicalización de las organizaciones estudiantiles y los gremios profesionales. Ello fue paralelo a un extraordinario giro ideológico y un desplazamiento de sentido. En el marco de un aumento vertiginoso de la matrícula universitaria y mientras la ortodoxia comunista se veía desafiada por el fidelismo cubano, una nueva lectura del peronismo se abría paso y pronto eclipsaría todo lo demás.

La metamorfosis ideológica arrancó con John W. Cooke, principal inspirador de la nueva «izquierda peronista revolucionaria», quien identificó una raíz común entre la Revolución Cubana y el peronismo: el antiimperialismo y la justicia social. A lo largo de los años 60 los intelectuales latinoamericanos se encargarían de combinar marxismo, nacionalismo, tercermundismo y desarrollismo hasta convertir esta mezcla en el humus ideológico de consumo preferente para la juventud del subcontinente (Sigal, 2002: 164-172).

Éste era el imaginario político que animaba a los estudiantes cuando estalló el «Cordobazo», en mayo de 1969: dos días de enfrentamientos callejeros terminaron con una cruenta intervención de las Fuerzas Armadas y catorce muertos. Poco tiempo después Onganía fue desplazado del poder.

Convertido en hito fundamental de las luchas populares en Argentina y en punto de inflexión para la escalada de movilizaciones sociales, acciones guerrilleras y violencia política que culminarían con el retorno de Perón y las elecciones democráticas de

19. Un panorama sobre las relaciones entre el sindicalismo, el Estado y la política durante ese periodo en Marcelo CAVAROZZI. *Autoritarismo y Democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor, 1992, pp. 36-51.

20. El dato sobre el número de investigadores y profesores universitarios que abandonaron Argentina a causa de la dictadura de Onganía está tomado de una entrevista del autor a Silvia Sigal, París, mayo, 2001.

1973, el «Cordobazo» encierra una paradoja. Antes que expresión virulenta del peronismo «de Perón» en pleno desbordamiento, debería reinterpretarse como un balón de oxígeno para un peronismo «tradicional» que se encontraba –si no en declinación– estancado y con un futuro incierto. Los sucesos de Córdoba marcaron, al mismo tiempo, el punto de partida para la cristalización de un «nuevo peronismo», con actores, sectores sociales y premisas ideológicas muy alejados –en espíritu y objetivos concretos– de los manejados por Perón durante su gobierno.

En cuanto a los obreros cordobeses que lo protagonizaron, más allá de su superficial identidad peronista, eran trabajadores de industrias nuevas (como la automotriz y conexas), postperonistas, que adherían a un sindicalismo clasista y cuyos líderes habían abandonado a Vandor y su estrategia negociadora. De hecho, la creciente combatividad de los sindicatos más pequeños y del interior del país se había traducido en la fractura de la CGT (Confederación General del Trabajo) y la aparición de la CGT de los Argentinos (1968), liderada por Raimundo Ongaro, quien promovía la acción directa de los trabajadores, la autonomía de las bases respecto al burocratismo de Vandor y buscaba construir una alianza popular acercándose a los estudiantes (Gillespie, 1998: 92).

El «Cordobazo» disparó un ciclo de protesta social, moral y violenta. Las principales organizaciones armadas de Argentina se consolidaron en su estela (1968, Fuerzas Armadas Peronistas; 1970, Ejército Revolucionario del Pueblo; 1970, Montoneros). Los jóvenes de finales de los 60 y principios de los 70 fueron grandes animadores y protagonistas de la movilización popular, y en cierto modo reinventaron el peronismo. Fundamental fue la lectura que hicieron sobre Perón y su movimiento a la luz de la revolución cubana, redefiniendo el peronismo como un movimiento de liberación nacional *avant la lettre*, nacionalista, popular y antiimperialista. Sin embargo, la esencia del peronismo clásico estaba lejos de los postulados marxistas y clasistas en boga, mientras la calculada ambigüedad de Perón contribuía a mantener en sordina las diferencias de fondo.

La fusión de la izquierda y el fascismo, ese extraño maridaje que puede llamarse fascismo de izquierda, encuentra su mejor ejemplo en la «Juventud Peronista» y sobre todo en su brazo armado, los «Montoneros», en las décadas del 60 y 70 (Sebreli, 1992: 206).

La mayoría de los 12 hombres y mujeres jóvenes que secuestraron y mataron al ex presidente Pedro Eugenio Aramburu, en mayo de 1970, provenían del nacionalismo de derecha; su libro de cabecera no era *Das Kapital* sino las Escrituras (Graham-Yool, 1985: 83).

Bueno, en nuestro caso hay un momento en que hay una ruptura que se da en varios planos. Entre otros, que los hombres que pertenecían a la generación del Che, precisamente, los hombres nacidos entre el 27 y el 30 [...] podemos hablar de Raimundo Ongaro, podemos hablar de Rodolfo Walsh, podemos hablar de esa clase de compañeros, que tenían una práctica muy rica, que no se hacían ilusiones respecto de las limitaciones y miserias de Juan Perón persona, que querían a Perón digamos, o sea que eran peronistas,

que respetaban a Perón pero que le criticaban su tacticaje [...] No tenían una relación idealista como tenían los jóvenes católicos conversos, cristianuchis conversos del núcleo inicial de Montoneros sobre todo, que son los que priman en esto, o los muchachos guevaristas, también conversos de la FAR.

O sea, inicialmente los dirigentes de la FAR venían de la FEDE, de la Federación Juvenil Comunista, de la escisión de la FEDE, de la creación del PCR, de los grupos chinos, venían de ahí y venían del primer núcleo de apoyo al Che en Bolivia [...] O sea, había también una actitud conversa, que pasa primero por una admiración ilimitada respecto de Juan Perón, y por una incompreensión de su rol histórico, y de sus características.

Tal vez una cierta mayor incompreensión de su rol histórico, que de una deficiente comprensión de sus modalidades de conducción, de la amoralidad del príncipe, del estilo florentino personal que Perón tenía. Se cometen errores garrafales en el tratamiento con Perón, ingenuidades como las señaladas<sup>21</sup>.

Me fui de la Argentina en abril del 74 [a los 35 años] [...] Yo había tenido que aguantar de chico al peronismo. Tenía los recuerdos más siniestros de esa época, y la idea de que no solamente estaba de vuelta Perón, sino que además en ese momento, había un peronismo que se pretendía de izquierda, me deprimía muchísimo. Muchos de mis amigos jóvenes eran Montoneros o se habían dejado convencer por el peronismo de izquierda. [—¿Por qué?]

Creo que querían creer en algo, necesitaban creer en algo y no tenían otra cosa más profunda en la que creer. Hubo una mezcla de, por un lado, mucha frivolidad y, por el otro, necesidad de obedecer. Esa necesidad es muy peligrosa, sobre todo entre los intelectuales [...] En aquel momento mis amigos jóvenes intelectuales estaban todos engegucidos con el peronismo de izquierda y eso me ponía muy mal porque yo no podía participar de ese optimismo. Al contrario, a mí me parecía que todo iba a ser peor [...] en esa época, en la Argentina, los jóvenes se llamaban compañeros sin que nadie se lo impusiera. Se lo imponían ellos mismos. Era el deseo de pertenecer, de estar en un grupo, de uniformizarse, de obedecer. La gente tenía miedo de vivir como individuo, sin estar protegido por un dogma o un mandamás [...] Yo nunca los pude tomar en serio [a los Montoneros] porque los veía como ex miembros de TACUARA, gente que yo había conocido en la Escuela y que se reencarnaban en los Montoneros; veía cómo de la extrema derecha pasaban a una supuesta extrema izquierda<sup>22</sup>.

Montoneros encarnó el alma dual de la ecuación explosiva «régimen de inspiración fascista-movimiento de izquierda revolucionario». Entretanto, la radicalización social llevó a la apertura política, el retorno de Perón a Argentina tras un exilio de 18 años y el baño de masas de 1973.

21. Entrevista a Miguel Bonasso, en Fernando ESTEBAN. *Sueños de una Tarde en el Otoño del Patriarca. Aproximaciones al análisis del 1º de mayo de 1974*. Salamanca (manuscrito inédito), 2001, pp. 15-16. Agradezco al autor el haberme facilitado una copia de su trabajo y autorización para citarlo.

22. Entrevista a Edgardo Cozarinsky, en Ana BARON, *et al.* Op. cit., pp. 139-141.

#### IV. REPRESIÓN, MUERTE, EXILIO

*Puede decirse que los ataques a los activistas de la izquierda comenzaron el 20 de junio de 1973, fecha de la matanza de Ezeiza y del retorno definitivo de Perón a la Argentina.*

Richard Gillespie (1998: 190)

*Se produjo una decapitación de mi generación y de la que siguió, evidente en los miles que mataron, pero también en los que nos fuimos.*

Guillermo O'Donnell<sup>23</sup>

Las facciones del peronismo (la izquierda neofascista, representada por los Montoneros; la «guardia vieja», conservadora, constituida por los políticos de más de sesenta años; y la derecha neofascista, grupos de choque, que a veces se habían aliado a los Montoneros en asaltos y secuestros) se unieron en torno a causas apasionantes sin contenido ideológico: el retorno del peronismo al gobierno, el retorno del general Juan Perón a la Argentina desde su cómodo exilio en Madrid y la campaña por la canonización de Evita. Las elecciones se efectuaron en marzo de 1973, y los peronistas ganaron por un buen margen. Un presidente peronista interino asumió el gobierno en mayo. Un mes después, en junio de 1973, Juan Perón regresó a Buenos Aires en medio de una batalla en el aeropuerto de Ezeiza librada en su nombre (algunos dijeron que orquestada en su nombre), entre facciones de sus partidarios (Graham-Yool, 1985: 66).

Cuando la multitud congregada se vio envuelta en la «masacre de Ezeiza» –un enfrentamiento entre la «derecha» y la «izquierda» peronistas por capturar la voluntad del líder–, se produjo un salto cualitativo en la represión. La izquierda responsabilizó de la agresión a Jorge Osinde, coronel retirado del Ejército y subsecretario de Deportes en el Ministerio de Bienestar Social, junto con otros miembros del ala derecha peronista. Pero Perón no hizo nada.

El superior de Osinde era José López Rega, ministro de Bienestar Social, quien estaba organizando un escuadrón de la muerte con base en su Ministerio, conocido a partir de 1974 como la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). La mayoría de sus víctimas eran peronistas, algunos pertenecían a la izquierda no peronista y también fueron perseguidos los refugiados políticos procedentes de países latinoamericanos vecinos. En *El drama de la autonomía militar*, el coronel retirado del Ejército español Prudencio García consigna entre 865 y 996 víctimas atribuibles a la Triple A u otros grupos ultraderechistas entre 1974 y 1976. En cuanto a la desaparición de personas, entre 1973 y marzo de 1976 se registraron más de 900 casos<sup>24</sup>.

23. Si ganara Menem, sería la muerte de la democracia. *El País*, 9 de mayo de 2003, Madrid, p. 6.

24. Richard GILLESPIE. Op. cit., pp. 191-192. Martin E. ANDERSEN. Op. cit., p. 127. Las cifras que aporta Prudencio García aparecen en Sergio CIANCAGLINI y Martín GRANOVSKY. *Nada más que la verdad. El Juicio a las Juntas*. Buenos Aires: Planeta, 1995, pp. 267-268.

La Triple A no hubiera podido lograr la mortal eficacia de que fue capaz a no ser por la tolerancia o la participación activa del mando de la Policía Federal [...]; la violencia de la Triple A y de los fascistas no puede considerarse una respuesta al militarismo izquierdista, porque la gran mayoría de los ataques de la derecha fueron dirigidos precisamente contra los que intentaban desarrollar políticamente a la izquierda sacando partido de los medios de lucha legales, o contra los que meramente defendían los derechos democráticos existentes (Gillespie, 1998: 192-194).

Lo que diferencia la presente violencia de derecha –especialmente la desatada por la AAA– de la pasada es el grado de protección y apoyo oficial de que goza. Este apoyo, por cierto, es subrepticio, pero no obstante muy real. Los portavoces del gobierno a veces condenan verbalmente el terrorismo de derecha, pero hasta ahora ni un solo terrorista de derecha ha sido arrestado, ni uno solo de sus actos de violencia ha sido investigado seriamente ni los que los cometieron han sido procesados.

Los principales blancos de la violencia de derecha en este momento no son los extremistas de izquierda, más bien son los que se expresan demasiado abiertamente contra la señora de Perón y los que la rodean<sup>25</sup>.

Poco después de la ruptura con Perón y de la muerte del líder (1° de julio de 1974) los Montoneros pasaron a la clandestinidad.

Les parecía haber vuelto a donde se hallaban antes de las elecciones de marzo de 1973, y se preguntaban:

¿Qué diferencia hay entre aquella dictadura y este gobierno?

En nombre del peronismo y de la legalidad constitucional, hace lo mismo que antes los militares (Gillespie, 1998: 203).

Bajo el mandato de Isabel Perón la represión también disparó sobre los trabajadores que querían quebrar la dirección peronista del movimiento obrero. El episodio más dramático afectó a Villa Constitución (35.000 habitantes en 1974), nervio de la industria pesada argentina. Después de luchar varios años contra la dirigencia nacional peronista por el control de su sindicato (la Unión Obrera Metalúrgica, el más poderoso de Argentina), los obreros metalúrgicos de Villa Constitución presentaron una coalición de centroizquierda que obtuvo la victoria en una elección sindical local con el 64% de los votos. El liderazgo de los sindicatos locales no se identificaba ni respondía a los grupos guerrilleros: buscaba reformas muy concretas a través de elecciones y no de la lucha armada.

Meses antes del golpe [de marzo 1976] teníamos instrucciones de actuar sobre las fábricas, recordaba un oficial de policía de la provincia de Buenos Aires que pertenecía a un grupo de operaciones especiales cuyas tareas eran semejantes a las desempeñadas en la Villa. En especial, sobre dirigentes y activistas gremiales. Recibíamos información de los

25. Terrorismo de derecha a partir de López Rega, cable de la embajada de los Estados Unidos, Buenos Aires, 9 de diciembre de 1975, citado en Martín ANDERSEN. Op. cit., pp. 192-193.

mismos empresarios. También de algunos dirigentes sindicales de la derecha peronista o del personal de inteligencia infiltrado en las plantas. Cualquier delegado gremial, cualquier obrero que molestaba era calificado de subversivo [...].

El fantasma de la subversión fue el pretexto para imponer el reino del terror. El supuesto complot no era sino la culminación de la dura lucha librada entre los sectores sindicales, dijo un historiador del periodo, con «el gobierno apoyando a la minoría oficialista como parte de la estrategia de supresión de la oposición sindical» (Andersen, 2000: 182-184).

El penúltimo peldaño en la escalada represiva llegó en 1975, cuando el gobierno de Isabel Perón concedió carta blanca a las Fuerzas Armadas para que destruyeran el foco guerrillero que el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) pretendía implantar en la norteña provincia de Tucumán. El episodio fue presentado por los mandos castrenses como una guerra, pero no lo fue. El Ejército manipuló la actuación contra el ERP, maquillando y sobredimensionando el peligro y su propio papel; y Tucumán fue utilizado como laboratorio para la futura «guerra sucia» que se libraría después del golpe de 1976.

El ERP nunca significó una importante amenaza para el país. En cambio, la naturaleza del desafío planteado en Tucumán fue deliberadamente distorsionada por los generales. La lucha en la provincia sirvió también como banco de prueba, particularmente en el Ejército, para la institucionalización de alguna de las técnicas de la «guerra sucia» de la Triple A. Enfrentado con 5.000 hombres del Ejército, el ERP no pudo nunca disponer de más de 120 ó 140 combatientes en el campo de batalla, y eso sólo durante menos de 2 semanas [...] Los densos bosques de montaña de Tucumán procuraron una cobertura para una metodología de tortura, secuestros y muertes anónimas. Los métodos probados por primera vez allí se aplicaron luego en el resto del país. Lo que los militares habían desencadenado en Tucumán era una cacería de brujas, no una guerra<sup>26</sup>.

Echando la vista atrás, la distancia que separaba el pensamiento de López Rega (y la derecha dura del peronismo con capacidad de mando, incluido el general Perón) de militares tipo Videla o Massera, no era tanta. El golpe del 24 de marzo de 1976 permitiría ampliar y desarrollar más sistemáticamente ideas que una parte muy influyente de la dirigencia política ya venía cultivando. Como resultado del accionar represivo, la sociedad argentina se devoró a sí misma, porque el principal enemigo del *establishment*, tanto bajo la presidencia de Isabel Perón como luego con la dictadura, fueron los Montoneros y lo que ellos pretendían o creían encarnar: un camino hacia el socialismo nacional a través de la lucha armada. Bajo esta idea se emboscaban al menos dos equívocos:

1. No se apreciaba que la raíz ideológica de la dirigencia montonera los hacía discurrir por una vía paralela y, en muchos puntos, convergente y no antagónica respecto al *establishment*:

26. Ibídem, pp. 155-156.

Dada la necesidad de rótulos, Firmenich todavía encabeza el «ala izquierda» de la Juventud Peronista y hay muchos de la misma línea en la facción, observa el Buenos Aires Herald. Pero su discurso después de ser arrestado [en 1974] hizo que muchos se preguntaran por qué el ala derecha del peronismo se sentía antagonizada por Firmenich [BsAs Herald].

[Opinión del jefe de la Policía Federal, Miguel Ángel Íñiguez, sobre Firmenich]:

Es nacionalista, católico y peronista y aunque, como muchos jóvenes, pueda diferir con las formas de la acción política, cuando llegue el momento estará marchando con la columna de la derecha. No me cabe la menor duda<sup>27</sup>.

El propio jefe montonero, al dejar en libertad al empresario Jorge Born (20 junio 1975), se autodefine:

Firmenich [...] negó que fuera marxista-leninista; no había leído a Marx ni a Lenin. Era socialista nacional (Graham-Yool, 1985: 83).

2. La Juventud Peronista y los Montoneros habían logrado canalizar la enorme ebullición y expectativa de cambio compartida por un amplio sector de la sociedad, y encabezada por los jóvenes. De alguna manera, Montoneros capturó la natural rebeldía juvenil y su disconformidad con el *statu quo*, y la convirtió en blanco predilecto (aunque no exclusivo) de la represión. Aunque podían identificarse superficial y generacionalmente con su ideario, no todos los jóvenes eran o siquiera simpatizaban con los Montoneros, pero esto último no los eximió de ser considerados *subversivos*.

[Los Montoneros] Perdieron..., tenían un proyecto que no podía vencer, porque estaba montado en un equívoco. Estaba montado en el equívoco de que, Perón era revolucionario. Perón nunca fue un revolucionario, nunca dijo ser revolucionario, salvo en los momentos de oportunismo político, en los que estaba en Madrid, y tenía que hacer un... Fue quizá el más fino estrategia de la historia argentina. El dijo, siempre dijo lo que convenía decir (entrevista citada en Del Olmo, 2002: 246).

Los Montoneros tuvieron su origen en la derecha militante virada hacia un nacionalismo de izquierda más por obra de la acción armada que por definición política. Y entonces se encontraron con que Karl Marx era incomprensible. Así los Montoneros regresaron a un neofascismo similar al de sus enemigos: las Fuerzas Armadas. La guerra entre Montoneros y las Fuerzas Armadas no giraba en torno a un ideal político: era la lucha por el privilegio del poder entre dos élites armadas de clase media. El ejército mejor equipado fue el victorioso (Graham-Yool, 1985: 36).

El 24 de marzo de 1976 la dictadura de Videla, Massera y Agosti planteó una «revolución desde arriba»: se propuso desarticular el intervencionismo económico y restablecer la libertad de mercado en Argentina. El proyecto iba más allá de la economía y

27. *Ibidem*, p. 134.

buscaba la reestructuración general de la sociedad, de la política y de la cultura. Pero la actuación de las Fuerzas Armadas condujo las instituciones al colapso y a un no-Estado.

La supresión de las reglas y procedimientos propios del imperio del derecho, el uso del terror como medio de control de la población y el empleo autónomo y clandestino de los medios de violencia oficiales, constituyeron manifestaciones notorias de disolución estatal (Sidicaro, 2001: 38).

Refinando las técnicas ya empleadas en Tucumán, la dictadura desplegó un sistema represivo que combinó la clandestinidad, la violencia, la figura del «desaparecido» y el ocultamiento de los hechos (Ciancaglini y Granovsky, 1995: 7).

Un amplio consenso social acompañó la gestión del autodenominado «proceso de reorganización nacional», que se mantuvo en el gobierno hasta que una crisis cíclica de la economía argentina se combinó con una derrota en una guerra, hacia 1982 (Ranalletti, 1999: 5).

Entre las consecuencias más funestas, dolorosas y desatendidas de la represión dictatorial –junto a los encarcelamientos, torturas y desapariciones– figura el exilio: la huida del país de miles de personas contra su voluntad, buscando cualquier sitio donde poner la vida a salvo. Los aparatos ideológicos de la dictadura filtraron a una sociedad paralizada e inerte la idea de que los exiliados eran los *subversivos* que habían conseguido huir de Argentina y disfrutaban en Europa de un «exilio dorado». Su traición y su antipatriotismo se verían confirmados por la campaña que orquestaron contra la organización del Campeonato Mundial de Fútbol que se celebró en Argentina en 1978.

El número de argentinos que abandonó el país en esa coyuntura no pasa de conjeturas. Incluso en este punto asoma la mano negra de la dictadura: los registros de salidas del país entre 1977 y 1980 han desaparecido. De acuerdo a las estimaciones más bajas, España pudo haber recibido entre 12 y 15.000 argentinos, México unos 10.000, Israel 3.000, Francia, Italia y Estados Unidos unos 1.000 cada uno y cifras inferiores Venezuela, Perú, Alemania, Suecia, Holanda, Bélgica, Colombia, Costa Rica, Dinamarca o Canadá.

El exilio contribuyó a una cosa muy importante, que era desprestigiar a la dictadura en el exterior; es decir, impedirle en todo caso hacer una imagen de..., una imagen benévola (entrevista citada en Del Olmo, 2002: 241).

Los exiliados acometieron en bloque e infatigablemente la tarea de transmitir al mundo las atrocidades de la dictadura militar y ganar la solidaridad de organismos, gobiernos y prensa internacional. El rótulo «terrorismo de Estado» para caracterizar las fechorías de Videla y compañía partió, por ejemplo, del exilio argentino en España (Duhalde, 1983). Al mismo tiempo, pronto quedó de manifiesto la diversidad de

sensibilidades y las controversias entre la gente del exilio, que en muchos casos reproducía los conflictos y desencuentros que habían enfrentado a los sectores de la izquierda clásica, guevaristas y peronismo revolucionario en Argentina antes del golpe<sup>28</sup>.

La inmensa mayoría que se fue era gente joven, encuadrada entre los 20 y los 35 años<sup>29</sup>. Provenía hasta en un 90 por ciento de las ciudades más pujantes y vanguardistas de Argentina, como Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Bahía Blanca, Rosario, Mar del Plata, y en una proporción muy inferior, Tucumán y Mendoza<sup>30</sup>; sedes, además, de las principales universidades del país. No es de extrañar que un número considerable de exiliados fueran estudiantes cuya militancia política había comenzado precisamente con la experiencia en sus respectivas facultades; la inmensa mayoría no había concluido la carrera cuando se vio obligada a abandonar Argentina<sup>31</sup>.

Si bien no todos podían exhibir estudios superiores, en el minucioso registro que hizo Silvina Jensen (1998) sobre la presencia de argentinos en Cataluña entre 1973 y 1983, los profesionales aparecen muy bien representados<sup>32</sup>; este cuadro es extrapolable a Madrid y probablemente a otros puntos de destino (como México o París).

Entre los perseguidos se cuentan muchas personas adscritas a lo que podría definirse como «el mundo de la cultura»: escritores, periodistas, docentes universitarios, artistas... La temprana convicción, por parte de los afectados, de que la dictadura había planificado un auténtico genocidio cultural, quedó plasmada en la publicación *Argentina, cómo matar la cultura*, traducción al castellano del libro patrocinado por AIDA (Asociación Internacional para la Defensa de los Artistas y víctimas de la represión en el mundo), que apareció en París en 1980. Entre otras pruebas y testimonios de la barbarie militar, la obra recoge un listado con más de 100 artistas y la fecha de su desaparición<sup>33</sup>.

Como apunta Jorge Castañeda (1995: 92-93) para Brasil bajo la dictadura de 1964 a 1985, en cuanto a las víctimas y sus secuelas para el desarrollo social, se podría afirmar que por educación, adscripción de clase e ideas, los perseguidos por la represión en Argentina (los exiliados, entre ellos), representaban una contraélite intelectual y política en ciernes; por edad y formación, de allí debería haber salido la generación de recambio para conducir el país en un futuro cercano.

28. Un ejemplo de estos debates y desencuentros lo ilustra la historia de la Casa Argentina en Madrid. Vid. Guillermo MIRA DELLI-ZOTTI. ¿Sobrevivir o vivir en Madrid? Exiliados argentinos del 76. En Ángel ESPINA BARRIO (ed.). *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica*, V. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2003, pp. 187-198.

29. FONDO INTERNACIONAL DE INTERCAMBIO UNIVERSITARIO (FIU). *Informe. Situación de los exiliados latinoamericanos en España*. Madrid, 1979, s.e.

30. La evidencia surge del conocimiento, a lo largo de casi 20 años, de antiguos exiliados radicados en Madrid. Tiene su confirmación en el estudio que hizo Silvina Jensen para Cataluña: Silvina JENSEN. *La huida del horror no fue olvido. El exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)*. Barcelona: Bosch-COSOFAM, 1998, Anexo 4, pp. 313-321.

31. Entrevistas en Madrid, 18 y 19 de setiembre de 2001 (por citar sólo algunos ejemplos).

32. Silvina JENSEN. Op. cit., Anexo 3, pp. 303-312.

33. *Argentina, cómo matar la cultura. Testimonios: 1976-1981*. Madrid: Editorial Revolución, 1981. Edición en castellano al cuidado de Alberto ADELLACH, Mariano AGUIRRE e Ignacio COLOMBRES, pp. 215-219.

Para quienes lo padecieron y lograron sobrevivir, el exilio no fue dorado; más bien años cargados de experiencias amargas y enriquecedoras. La invasión y la guerra de las Malvinas marcaron un punto de inflexión: para la dictadura, el principio del fin. Entre los exiliados, dondequiera que estuviesen, disparó un debate sobre qué posición tomar y demostró que la unanimidad era imposible frente a un tema que hería el corazón de la identidad nacional<sup>34</sup>.

En el momento en que Galtieri le dice al oficial montonero: Pase oficial, o general, o capitán. Lo reconoce. Porque más allá de que usted quiera una revolución y yo otra, ¡usted es un patriota!, usted es argentino, no como los rojos, ¡los rojos no son argentinos! Entonces [...] esto hace que los Montoneros apoyen luego Malvinas, se ofrezcan para ir a pelear a las Malvinas. Este, todo esto conforma una ideología, primero nacionalista, que el ERP no tenía (entrevista citada en Del Olmo, 2002: 248-249).

El desenlace bochornoso de las Malvinas allanó el camino para que los militares argentinos abandonaran el poder.

## V. NAUFRAGIO DE LA DEMOCRATIZACIÓN DE ARGENTINA

Yo he llegado a la conclusión de que cuando un exilio se produce es irreversible, no hay solución para los exilios, ¿no? Yo al principio eso no lo sabía, ahora lo sé: no hay regreso<sup>35</sup>.

Muchos exiliados intentaron volver para colaborar con la democracia, tras el sorprendente triunfo del Partido Radical en las elecciones del 30 de octubre de 1983, en un clima de euforia e ilusión popular que el presidente electo se encargó de atizar («con la democracia se come, con la democracia se educa...»). Y si bien los retornos se aceleraron en 1984 y 1985 (tal vez hasta 60.000 personas, cifra sin contrastar) muchos no fueron definitivos.

¿Por qué la democratización del país se convirtió en otro sueño imposible? Un argumento cómodo para por lo económico:

Cualquier análisis de la economía argentina a partir de 1983 debe tener en cuenta el desastroso legado económico del gobierno militar. Los militares administraron pésimamente

34. José Javier MARISTANY. *Narraciones peligrosas. Resistencia y adhesión en las novelas del Proceso*. Buenos Aires: Biblos, 1999, capítulo I. El autor refiere cómo la historia argentina había sido narrada por la institución militar. En su papel protagonista, el Ejército construyó el concepto de nacionalidad a partir del territorio, operación que desentraña el texto de Mónica QUIJADA, Carmen BERNAND y Arnd SCHNEIDER. *Homogeneidad y Nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: CSIC, 2000, capítulo 5. Las posiciones que la guerra por las Malvinas provocó entre los exiliados las desarrollan Patricia Marenghi y Laura Pérez López en este volumen.

35. Entrevista a Daniel Moyano, Madrid, mayo de 1988, en Margarita DEL OLMO. Op. cit., capítulo 7, p. 135.

la economía, dejando una herencia de 46.000 millones de dólares de deuda externa [...], una tasa de inflación del 344% en 1983, un déficit del sector público que alcanzó un alarmante 11% del PBI ese mismo año, un descenso de la productividad industrial, creciente desigualdad social y un nivel de vida más bajo que el de 1970 (Mainwaring, 1996: 143).

El gobierno de Alfonsín alimentó las expectativas de una pronta recuperación en todos los planos y aplicó políticas económicas expansivas que agravaron la situación, con el resultado de aumentar la insatisfacción popular ante los pésimos resultados obtenidos (Mainwaring, 1996: 144). Marcelo Cavarozzi (1991) desvela un problema aún más de fondo (y no sólo para Argentina):

En realidad, las transiciones a la democracia –es decir, las transiciones de un régimen político a otro– han velado la percepción de un segundo cambio de igual importancia al primero. [...] Consistió básicamente en el agotamiento de la matriz Estado-céntrica que se había estructurado gradualmente en estos cinco países [México, Brasil, Chile, Argentina y Uruguay] a partir de la década de 1930 (Cavarozzi, 1991: 91-92).

La centralidad de lo económico no debe soslayar otras circunstancias igualmente importantes.

Mientras los diarios y los noticieros mostraban la existencia de campos de concentración y de tumbas clandestinas, la sociedad no podía eludir una toma de posición frente a estas evidencias y frente a las preguntas de los más jóvenes; ante la cuestión de qué hacer con tantos torturadores y asesinos en las fuerzas de seguridad, comenzó a ser impulsada una explicación de estos sucesos que era funcional al objetivo de salvar responsabilidades colectivas: frente al terrorismo de la guerrilla se había erigido un terrorismo estatal aún más violento, que la sociedad en 1983 condenaba explícitamente con voto mayoritario al candidato de la Unión Cívica Radical (UCR), partido que prometía investigar las atrocidades cometidas durante el periodo 1976-1983 y perseguir judicialmente a los responsables. Este esquema permitía elaborar una explicación convincente sobre los orígenes y fundamentaciones de la violencia vivida, así como también proveía de argumentos poderosos a quienes avalaron los actos de la dictadura (Ranalletti, 1999: 6).

Aunque los primeros pasos del gobierno radical confirmaron que su empeño por reparar los daños infligidos a las víctimas de la dictadura no eran sólo retórica de campaña (a través de la formación de la CO.NA.DEP., el Informe *Nunca más* o el juicio a las juntas militares), la gestión del presidente Alfonsín terminó embarrancando entre la amenaza castrense, el marasmo económico, la confrontación implacable de la oposición y el desafecto de la mayoría.

Cuatro días después de iniciado el juicio a las cúpulas militares (26 abril de 1985) el gobierno convocó una manifestación en Plaza de Mayo que reunió 170.000 personas, en defensa de la democracia y para desactivar los rumores golpistas. La atmósfera era tensa, los grupos parapoliciales y paramilitares (la «mano de obra desocupada»

de la dictadura) continuaban operando por cuenta propia con el fin de desestabilizar la democracia: secuestros extorsivos, asesinatos, amenazas contra radios, diarios, periodistas e incluso escuelas. Entre septiembre y octubre [1985] hubo 37 atentados con bombas (Ciancaglini y Granovsky, 1995: 11-12).

La condena a los generales resultó decepcionante para las víctimas y sus familiares, pero enfureció a la corporación castrense; sobre todo la perspectiva de que la justicia no se detuviera en los miembros de las juntas y que los juicios continuaran con los subalternos.

En el 87 vino Semana Santa, con el intento de golpe, con Alfonsín diciendo: «La casa está en orden»; después vino la «obediencia debida» y el «punto final». Y me acuerdo que cuando salí de la Plaza [...] le dije a Mariana: «De acá nos vamos» [...].

Mi reacción le pareció desproporcionada a mucha gente, salvo a los familiares de desaparecidos y a quienes me conocían profundamente, que entendieron que la situación me resultaba insoportable [...].

Para mí esas leyes de «punto final» y «obediencia debida» significaron volver a asesinar a mis padres y hermanos.

De modo que tener que salir de la Argentina fue terrible.

En ese momento nadie me echaba, pero decidí irme [...].

La Argentina no era lo que yo pensaba, porque la sociedad argentina aceptaba esas dos leyes, aceptaba el golpismo de los militares y de alguna manera les daba razón contra nosotros.

Las víctimas éramos nosotros, y ellos, los asesinos.

La sociedad argentina en su conjunto, los grandes grupos de poder argentinos, seguían destrozando a mis padres y querían destrozarse la memoria de mis padres. Por eso yo decidí que no podía quedarme, porque no podía tener hijos ni crecer en esa sociedad que destruye<sup>36</sup>.

Desde el año 1987 hubo gente que empezó a emigrar (o reemigrar), tras el fracaso del Plan Austral, el temor provocado por las rebeliones y la actitud de las Fuerzas Armadas, y la percepción de que la democracia tenía un futuro incierto. Un estudio encargado por Caritas-España al Colectivo IOÉ hacía la siguiente valoración:

La desaparición de la dictadura militar en Argentina no ha originado un fuerte flujo de retorno; más bien ha habido un «goteo» de repatriaciones sumado a una vuelta hacia España de bastantes de ellos ante la gravedad de la situación socioeconómica en Argentina (es destacable el caso de los repatriados, con ayudas económicas de ACNUR y CEAR, que han vuelto a instalarse en España) (Colectivo IOÉ, 1987).

36. Una inmensa, gigantesca, incommensurable soledad. Testimonio de Daniel Tarnopolsky, en Diana GUEJAR, Vera JARACH y Beatriz RUIZ. *Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)*. Buenos Aires: Ediciones El País de Nomeolvides, 2002, pp. 78-80.

¿Qué le pasó a una sociedad que alguna vez se manifestó masivamente por el juicio y el castigo a los culpables del terrorismo de Estado, pero que, al poco tiempo, llevó a esas mismas personas al gobierno mediante el libre ejercicio del sufragio? (Ranalletti, 1999: 13).

El miedo a la represalia de los militares (no olvidemos las sublevaciones y motines «carapintadas» de 1987, 1989 y 1990); la ausencia de un contradiscurso eficaz para rebatir los argumentos de la *teoría de los dos demonios* y las decisiones políticas que se tomaron fueron confinando el tema de los desaparecidos al espacio de los organismos de derechos humanos y de los familiares de las víctimas.

La sociedad civil no asume un compromiso moral con ese pasado traumático y se aferra a las visiones que le permiten mirar hacia adelante con cierta tranquilidad (Ranalletti, 1999: 13).

Pero en este deslizamiento hacia el olvido y la distorsión del pasado también jugó un papel decisivo la oposición al gobierno radical y, en concreto, el peronismo, que aglutinaba entre el 35 y el 45 por ciento del electorado.

Desconcertado tras su primera derrota en unas elecciones nacionales (tal vez por la posición ambigua –cuando no colaboracionista– de la conducción del partido de cara al pasado dictatorial, hecho que resultaba más chirriante que en las otras fuerzas políticas por cuanto sus militantes habían llenado las listas de presos, desaparecidos y exiliados), el peronismo se había dividido entre una conducción dominada por el sector gremial (Herminio Iglesias, Lorenzo Miguel y Diego Ibáñez) y los llamados renovadores: Vicente Saadi, Antonio Cafiero, Carlos Grosso, Carlos Menem y Adolfo Rodríguez Saá entre los más destacados (Ciancaglini y Granovsky, 1995: 13). Así, los errores estratégicos del gobierno, el continuo deterioro de la economía y el creciente malestar social fueron aprovechados por la oposición peronista, que jugó mucho más a exacerbar la confrontación con los radicales que a apuntalar la frágil democracia, como lo ilustran las trece huelgas generales que sufrió el gobierno de Alfonsín en cinco años y medio de mandato, el obstruccionismo para preservar el feudo del mundo sindical, la reacción oportunista antes que principista que exhibió su dirigencia frente a la rebelión de Semana Santa (López Echagüe, 1996: 97-99), el rechazo a la privatización de empresas públicas, etc. Sobre los jirones del alfonsinismo se fue recomponiendo un «peronismo renovador» basado en un discurso que llamaba a democratizar sus estructuras partidarias y sintonizar con prácticas y valores acordes con los nuevos tiempos (Podetti, Ques y Sagol, 1988).

La regeneración anunciada, sin embargo, tomó otra deriva. Mientras la capacidad del gobierno para gestionar la situación se esfumaba –junto con el valor de la moneda– entre la hiperinflación, las rebeliones «carapintadas» y el extraño asalto al cuartel de La Tablada, los líderes peronistas alumbraron una alianza que más que una renovación parecía un retorno a los años 40: el viejo estilo caudillesco del Gran Buenos Aires y su provincia, encarnado en Eduardo Duhalde, en maridaje con las rancias oligarquías del norte argentino, representadas por Carlos Menem (López Echagüe, 1996: 78 y cap. 6).

En abril de 1989 los saqueos a los supermercados fueron el broche a la quiebra del Estado, a su incapacidad por asegurar el valor de la moneda y velar por la propiedad privada y el orden social. La economía desbocada y sus temibles consecuencias fueron presentadas por los propagandistas del mundo financiero y empresarial no como resultado de la debilidad del Estado sino todo lo contrario: como colofón de la presencia agobiante de ese Estado (en realidad, moribundo y desarticulado) durante los cincuenta años anteriores en la economía y la sociedad argentinas. El fermento ideológico estaba maduro y el camino despejado para la aplicación de soluciones de inspiración neoliberal (Sidicaro, 2001: 50-51).

En medio del caos, las elecciones (1989) dieron el triunfo a Carlos Menem. El arranque de su mandato –que combinó la conducción personalista, autoritaria y vertical del viejo peronismo con las exigencias de la tecnocracia neoliberal que encarnaría Domingo Cavallo–, definió los cauces por los que Argentina entraría en el siglo XXI. Menem restableció la confianza de la sociedad, de los acreedores, de los inversores, de los grupos de poder fáctico, al precio de borrar el pasado y despejar el camino para la repetición de otro ciclo de irrealidades. Fiel a su lacónico mensaje, una parte importante de la sociedad argentina lo secundó.

Invocando la «reconciliación-pacificación nacional» y la consolidación de la democracia, el flamante presidente firmó los indultos a los militares de la dictadura, a los «carapintadas» y las cúpulas guerrilleras. El factor determinante que precipitó la intención de indultar fue la articulación postelectoral de un proyecto de salida de la crisis y de reconversión a fondo del capitalismo argentino, cuyas bases de sustentación socio-políticas e ideológicas provenían del *establishment* económico más transnacionalizado y sus aliados políticos y sindicales; una nueva coalición neoconservadora-populista que incluía a la jefatura de los ex montoneros<sup>37</sup>.

En su referencia a la ayuda de los «muchachos» a Menem en su campaña de 1989 [Fidel Castro] no miente. Fue importante, pero más importante fue durante la interna de 1988 [...] Yo fui el que agradeció a Firmenich el apoyo que dio en la interna del '88. Su respuesta fue: «sos el primer funcionario de este gobierno (el de Menem) que me lo agradece»<sup>38</sup>.

Las leyes de Emergencia Económica y Reforma del Estado constituyeron de alguna manera la contracara de la gracia presidencial. No estrictamente por su contenido (por su ropaje neoliberal), sino por el estilo de sus inductores, los mecanismos y los

37. Las reflexiones sobre el significado de los indultos concedidos por Menem están tomadas puntualmente de José María GÓMEZ. Eclipse de la memoria, política del olvido: la cuestión de los derechos humanos en una democracia no consolidada. *Punto de Vista. Revista de Cultura*, 1989, n° 36, pp. 1-7.

38. Miguel BONASSO. El Ámbito de la mentira. *Página 12*, 13 de mayo de 2003. Juan B. Yofre, colaborador de la campaña y luego jefe de la SIDE durante los primeros meses del menemismo, confirmó al periodista las declaraciones de Fidel Castro (recordemos que Menem había bautizado su corriente interna dentro del peronismo como «Federalismo y Liberación»).

finés con que fueron implementadas, las credenciales de sus beneficiarios: privatizaciones fraudulentas, apertura comercial con preferencias, reformas laborales y previsionales marcadas por el clientelismo y la extorsión, y un largo etcétera que redondeó el regreso de Domingo Cavallo (antes presidente del Banco Central con la dictadura; en aquel momento ministro de Economía de Menem y en un futuro próximo de De la Rúa) y su Ley de Convertibilidad.

Con el apoyo de buena parte de la población argentina (que dio mayoría absoluta al político riojano y sus aliados en 1989 y 1995) la irrealidad duró casi lo mismo que la dictadura militar del 76: el desprecio por las instituciones, la frivolidad, el endeudamiento feroz, la corrupción y el nihilismo se transformaron en paradigmas sociales y agudizaron la concentración de la riqueza, la exclusión social, el uso de la represión y la apatía política.

A partir de la recesión que comenzó en 1998 hubo gente que optó nuevamente por irse y, en los años que siguieron, el flujo de salidas se fue engrosando: más de 85.000 personas abandonaron el país en 2001<sup>39</sup>. El «corralito», la quiebra financiera y la crisis de diciembre de aquel año dispararon las cifras. Puesto que nadie los echó, técnicamente se trataría de emigrantes. Pero Tomás Eloy Martínez (2002) argumentó que, en puridad, forman parte no de un nuevo ciclo emigratorio, sino de un verdadero éxodo<sup>40</sup>.

Transcurrido desde entonces cerca de un año y medio, un gobierno peronista ha timoneado el país por aguas turbulentas hasta una nueva elección dominada una vez más por el peronismo. ¿Qué impulsos, qué imágenes, qué memorias podrían contribuir a revertir estas últimas décadas de amargas frustraciones y decadencia? ¿Se pueden amalgamar sensibilidades e interpretaciones tan diferentes como las que siguen?

Porque había algo que sí era cierto, Perón éramos todos nosotros, es decir, Perón era una figura proteica, Perón no era sólo el anciano de 78 años que vino a mal morir a la Argentina. Perón era todas las luchas del pueblo argentino a lo largo de 50 años, y la síntesis de todo eso, que en determinado momento la encarnó como jefe de la resistencia con gran talento político, como lo había encarnado al comienzo de su primer gobierno como el gran transformador, como el creador de la Argentina moderna, como el gran democratizador que introduce a los trabajadores y a las mujeres en la política argentina, eso es Perón también<sup>41</sup>.

39. En cuanto a los antecedentes del fenómeno de salida de argentinos en dirección a España y las cifras de los últimos años, *vid.* Guillermo MIRA DELLI-ZOTTI y Fernando Osvaldo ESTEBAN. El flujo que no cesa. Aproximación a las razones, cronología y perfil de los argentinos radicados en España (1975-2001). En *II Seminario Internacional Nuestro Patrimonio Común*. Cádiz: Asociación de Historia Actual, 2002.

40. Tomás Eloy MARTÍNEZ. El éxodo argentino. *El País*, 10 de febrero de 2002, Madrid. La política económica del menemismo, su impacto sobre la población y el nuevo ciclo migratorio de finales de los 90 es el tema que aborda Fernando Esteban en este mismo volumen.

41. Entrevista a Miguel Bonasso, en Fernando ESTEBAN. *Op. cit.*, pp. 28-29.

Un banco en la plaza Lavalle frente al teatro Colón me recuerda la noche, en mayo de 1969, en que oí cantar a Joan Sutherland. Fui con Susana Pirí Lugones a escuchar a mi *prima donna* favorita y después nos sentamos en ese banco de la plaza mirando hacia el Colón y discutimos sobre las dificultades para traducir una colección de cartas de Dylan Thomas al español\*. Me gustaría volver a escuchar a la Sutherland; podría ir hasta la tumba en Gales del Sur donde yace enterrado Thomas; pero no puedo volver a hablar con Pirí. Desapareció. Lo último que se supo de ella lo contó gente liberada de la cárcel. Dijeron que oyeron a un guardia gritarle: «Apuráte, renga de mierda...». Una ola de auto-compasión me inunda con la idea de que a nadie le importa ya; a los desaparecidos se los da por muertos. Miro a Buenos Aires a través de mi pasado y siento la angustia del desplazado. A mi alrededor la gente trata de olvidar<sup>42</sup>.

## VI. BIBLIOGRAFÍA

- AIDA (Asociación Internacional para la Defensa de los Artistas víctimas de la represión en el mundo). *Argentina, cómo matar la cultura. Testimonios: 1976-1981*. Madrid: Editorial Revolución, 1981.
- ANDERSEN, Martin E. *Dossier Secreto. El mito de la «guerra sucia» en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- BARÓN, Ana; DEL CARRIL, Mario y GÓMEZ, Albino. *Por qué se fueron. Testimonios de argentinos en el exterior*. Buenos Aires: Emecé, 1995.
- BIANCHI, Susana. *Catolicismo y Peronismo. Religión y Política en la Argentina 1943-1955*. Tandil: Trama-Prometeo-Instituto de Estudios Histórico-Sociales, 2001.
- Miguel BONASSO. El Ámbito de la mentira. *Página 12*, 13 de mayo de 2003.
- BULMER-THOMAS, Víctor. *La Historia Económica de América Latina desde la Independencia*. México: FCE, 1998.
- CASTAÑEDA, Jorge. *La utopía desarmada*. Barcelona: Ariel, 1995.
- CAVAROZZI, Marcelo. *Autoritarismo y Democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor, 1992.
- Más allá de las transiciones a la democracia en América Latina. *Revista de Estudios Políticos*, 1991, n° 74. Madrid.
- CIANCAGLINI, Sergio y GRANOVSKY, Martín. *Nada más que la verdad. El Juicio a las Juntas*. Buenos Aires: Planeta, 1995.
- COLECTIVO IOÉ. Los inmigrantes en España. *Documentación Social. Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, 1987, n° 66. Madrid.
- COLLIER, David. *El nuevo autoritarismo en América Latina*. México: FCE, 1985.
- COZARINSKY, Edgardo. *Vudú Urbano*. Buenos Aires: Emecé, s.f.
- DEL OLMO, Margarita. *La utopía en el exilio*. Madrid: CSIC, 2002.
- DUHALDE, Eduardo Luis. *El estado terrorista argentino*. Barcelona: Argos-Vergara, 1983.
- ESTEBAN, Fernando. *Sueños de una Tarde en el Otoño del Patriarca. Aproximaciones al análisis del 1° de mayo de 1974*. Salamanca (manuscrito inédito), 2001.

\* Dylan THOMAS, *Cartas*, selección de Constatine Fitzgibbon, traducción de Pirí Lugones. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1971 (cita textual del original).

42. A. GRAHAM-YOOLL (1999). Op. cit., Buenos Aires/Londres, septiembre/octubre de 1981, p. 186.

- FONDO INTERNACIONAL DE INTERCAMBIO UNIVERSITARIO (FIU). *Informe. Situación de los exiliados latinoamericanos en España*. Madrid, 1979, s.e.
- GILLESPIE, Richard. *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo, 1998.
- GIUSSANI, Pablo. *Montoneros. La Soberbia Armada*. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta, 1984.
- GÓMEZ, José María. Eclipse de la memoria, política del olvido: la cuestión de los derechos humanos en una democracia no consolidada. *Punto de Vista. Revista de Cultura*, 1989, n° 36, pp. 1-7.
- GRAHAM-YOOL, Andrew. *Memoria del miedo (Retrato de un exilio)*. Buenos Aires: Ed. Belgrano, 1985.
- GUELAR, Diana; JARACH, Vera y RUIZ, Beatriz. *Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)*. Buenos Aires: Ediciones El País de Nomeolvides, 2002.
- JENSEN, Silvina. *La huida del horror no fue olvido. El exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)*. Barcelona: Bosch-COSOFAM, 1998.
- LATTES, Alfredo E. y OTEIZA, Enrique. *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados/1*. Buenos Aires: Centro Editor, 1987.
- LÓPEZ ECHAGÜE, Hernán. *El otro. Una biografía política de Eduardo Duhalde*. Buenos Aires: Planeta, 1996.
- MAINWARING, Scott. La Democracia en Brasil y en el Cono Sur: éxitos y problemas. *Agora*, 1996, n° 5. Buenos Aires.
- MARISTANY, José Javier. *Narraciones peligrosas. Resistencia y adhesión en las novelas del Proceso*. Buenos Aires: Biblos, 1999.
- MARTÍNEZ, Tomás Eloy. El éxodo argentino. *El País*, 10 de febrero de 2002, Madrid.
- MIRA DELLI-ZOTTI, Guillermo. ¿Sobrevivir o vivir en Madrid? Exiliados argentinos del 76. En ESPINA BARRIO, Ángel (ed.). *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica, V*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2003, pp. 187-198.
- MIRA DELLI-ZOTTI, Guillermo y ESTEBAN, Fernando Osvaldo. El flujo que no cesa. Aproximación a las razones, cronología y perfil de los argentinos radicados en España (1975-2001). En *II Seminario Internacional Nuestro Patrimonio Común*. Cádiz: Asociación de Historia Actual, 2002.
- MUCHNIK, Mario. La fuerza del mito generado por el peronismo. *El Mundo*, 22 de diciembre de 2001, Madrid.
- NAIPUL, V. S. *The Return of Eva Perón*. New York: Knopf, 1980.
- NEBBIA, Litto. Nueva zamba para mi tierra. En NEBBIA-ZUPAY. *Para que se encuentren los hombres*. Buenos Aires: RCA-Victor (cassette), 1983.
- O'DONNELL, Guillermo. Si ganara Menem, sería la muerte de la democracia. *El País*, 9 de mayo de 2003, p. 6, Madrid.
- *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós, 1972.
- PODETTI, Mariana; QUES, María Elena y SAGOL, Cecilia. *La palabra acorralada. La constitución discursiva del Peronismo renovador*. Buenos Aires: FUCADE, 1988.
- QUIJADA, Mónica; BERNAND, Carmen y SCHNEIDER, Arnd. *Homogeneidad y Nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: CSIC, 2000.
- RANALLETTI, Mario. La construcción del relato de la historia argentina en el cine, 1983-1989. *Film-Historia*, 1999, vol. IX, n° 1. Barcelona.
- ROCK, David. *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Ariel, 1993.
- *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*. Madrid: Alianza, 1998.

- ROUQUIE, Alain. *América Latina. Introducción al Extremo Occidente*. México: Siglo XXI, 1989.
- SCHWARZSTEIN, Dora. *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*. Barcelona: Crítica, 2001.
- SEBRELI, Juan José [1983]: *Los deseos imaginarios del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1992.
- SIDICARO, Ricardo. *La crisis del estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2001.
- SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- SMOLENSKY, Eleonora M. y VIGEVANI JARACH, Vera. *Tantas voces, una historia. Italianos judíos en la Argentina 1938-1948*. Buenos Aires: Temas, 1999.
- TERÁN, Oscar. *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Puntosur, 1991.